Mujeres que abren caminos

Historias de multilateralismo y diplomacia

ONU MUJERES

Ministerio de Relaciones Exteriores

Mujeres que abren caminos

Historias de multilateralismo y diplomacia

ONU Mujeres
Ministerio de Relaciones Exteriores
2026

Selección a partir de la convocatoria “Mujeres que abren caminos. Historias de multilateralismo y diplomacia”.

Coordinación: M.RR.EE.: Noelia Martínez Franchi, Directora General Adjunta para Asuntos Políticos, y Lourdes Boné Dadalt, Ministra Consejera en la Embajada de la República en Colombia; ONU Mujeres Uruguay: Magdalena Furtado, directora de programas, y Carina de los Santos Gilomén, especialista de Mujeres, Paz y Seguridad.

Compilación, edición, diseño y maquetación: Alva

ONU MUJERES

Ministerio de Relaciones Exteriores

En un mundo cada vez más interconectado, la diplomacia se consolida como una herramienta clave para enfrentar desafíos globales y promover la igualdad, la paz y el desarrollo sostenible. Reconocer y visibilizar la contribución de las mujeres en estos espacios no solo constituye un acto de justicia, sino también una oportunidad para inspirar y abrir caminos a las nuevas generaciones.

La convocatoria, organizada por ONU Mujeres y el Ministerio de Relaciones Exteriores del Uruguay, estuvo dirigida a mujeres con trayectorias o vínculos con el multilateralismo y la política exterior, con el propósito de invitarlas a compartir sus experiencias y aprendizajes.

La publicación busca no solo destacar la participación de las mujeres en el multilateralismo y la diplomacia, sino también despertar vocaciones, transformar estereotipos y alentar a las nuevas generaciones a involucrarse activamente en los procesos globales que nos convocan. Los relatos seleccionados ponen de manifiesto cómo la determinación, el trabajo colaborativo y la capacidad de construir consensos resultan esenciales para responder a los desafíos de un mundo en constante transformación.

Prólogo

La historia de la política exterior, de la diplomacia y del multilateralismo ha sido, durante siglos, narrada con voces masculinas. Tal vez alguna vez habrás visto fotos de importantes reuniones internacionales, donde sólo figuraban hombres de traje oscuro. ¿Te preguntaste entonces quiénes negocian las reglas del mundo?, ¿quiénes toman las decisiones para que todos y todas podamos convivir en él?

Este libro quiere mostrarte que detrás de cada acuerdo de paz, comercial o ambiental, detrás de cada misión humanitaria o gestión cultural, detrás de cada asistencia a compatriotas en partes alejadas del mundo, existieron mujeres diplomáticas e internacionalistas uruguayas. Y no estaban como espectadoras, sino como arquitectas y constructoras de cada proceso: marcando posiciones, defendiendo intereses, negociando y liderando.

Uruguay ha consolidado su voz en el mundo no por la fuerza de las armas, sino por la fuerza de sus principios. El mundo actual se enfrenta a desafíos enormes y complejos que no conocen fronteras, como el cambio climático, las crisis globales y las guerras. Y para diseñar soluciones a esos desafíos el aporte de las mujeres es indispensable. Con una visión innovadora y una enorme resiliencia, las diplomáticas uruguayas y las compatriotas que se desempeñan en el mundo internacional han demostrado que la complejidad no se supera con la fuerza, sino con la paciencia infinita que requiere la negociación, la gestión inclusiva de las crisis y la cooperación, únicas herramientas para generar acuerdos y consensos perdurables en el tiempo.

Esta publicación es el resultado del trabajo conjunto entre el Ministerio de Relaciones Exteriores de Uruguay y ONU Mujeres Uruguay, enmarcado en el compromiso compartido de promover la igualdad de género y visibilizar el liderazgo femenino. Agradecemos especialmente a las autoras de las diez historias, que supieron traducir la complejidad de las relaciones internacionales en relatos cercanos, dinámicos y motivadores para las infancias y adolescencias uruguayas.

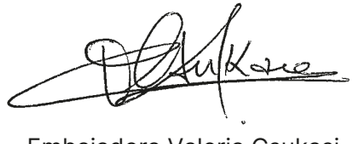
En estas páginas vas a conocer historias reales de mujeres valientes. Niñas y adolescentes que, como tú, tuvieron grandes sueños por los que estudiaron y trabajaron con mucho esfuerzo. Mujeres que, además de perseguir sus metas profesionales, han sido mamás, hijas, amigas, hermanas, aceptando el enorme desafío de equilibrar su vida personal con su crecimiento profesional, demostrando así que no existen límites para el talento femenino, a pesar de los obstáculos que la sociedad o el entorno nos impongan.

Yo misma soy una de ellas. Tal vez me mencionen como la primera diplomática de carrera nombrada Vicecanciller del Uruguay. Pero mucho antes que eso fui una niña que jugó en las plazas de nuestro país, que tuvo dudas sobre su futuro y que enfrentó desafíos. Una niña que, eventualmente, alcanzó el enorme privilegio de representar a nuestra bandera en el mundo.

Por eso, mis colegas y yo deseamos que estas historias te demuestren que el mundo también te pertenece. Que no existe rincón del mundo en donde tu voz no pueda resonar. Que en cualquier lugar de este planeta, tus ideas y tus aportes son necesarios y valiosos.

Sabemos que las grandes embajadoras del mañana están hoy leyendo estas páginas. Y por ello, nos comprometemos a seguir abriendo caminos para ti, tal como otras mujeres lo hicieron antes por nosotras. Estamos convencidas de que un sistema internacional eficiente solo es posible si se diseña desde la equidad; porque la igualdad de género es el pilar estratégico para construir un mundo más justo y en paz.

¡Disfruta este libro, fue escrito para ti!



Embajadora Valeria Csukasi
Subsecretaria de Relaciones Exteriores

Índice

Acuerdos que cambian vidas 08

Con las voces de todas 10

El mapa que nos trajo a casa 14

Una niña del interior del país que eligió abrirse al mundo..... 16

Soñar en la dirección de lo imposible..... 20

Sobre los hombros de mujeres gigantes 22

Seguir escribiendo otras historias 26

Nombrarnos para existir 28

Las fronteras que nos unen..... 32

Cuando tenía siete años 34

Acuerdos que cambian vidas

Lic. Alejandra De Bellis. Embajadora.
Misión Permanente de Uruguay ante la oficina de la ONU en Ginebra.

Llegué a la diplomacia por casualidad. Aunque creo que, en el fondo, nada fue casual. Había algunas condiciones en mí y, a medida que me dejé llevar, esta vocación empezó a crecer.

No lo tuve tan claro desde el principio. No me pasó como a mi amigo Fernando, que vio la película Bernardo y Bianca e, inspirado por la escena de los ratoncitos del mundo reunidos, supo que quería trabajar en eso y, además, ser presidente de las Naciones Unidas, como me dijo.

Mi camino fue distinto, pero llegué. Y hoy no me imagino trabajando en otra cosa.

Muchas veces se suele pensar que la diplomacia y la política exterior son algo lejano. Lejano de la ciudad, del campo, del barrio, de los amigos.

Sin embargo, el mundo funciona porque detrás de muchas de las cosas que hoy son normales para nosotros hubo personas que pasaron horas y horas conversando, negociando, intercambiando información y haciendo acuerdos entre países. Muchas, muchas horas de diplomacia.

Gracias a la diplomacia los aviones pueden volar y no chocar entre sí, podemos usar nuestros celulares en cualquier parte del planeta, en China, Estados Unidos o Finlandia se puede comprar carne uruguaya y también, gracias a este trabajo que realizamos, las personas más vulnerables cuentan con leyes internacionales que protegen sus derechos.

Hasta las tortugas marinas están protegidas a nivel interamericano y nuestro candombe se convirtió en patrimonio inmaterial de la humanidad.

En este esfuerzo participan muchas mujeres uruguayas todos los días. Sin embargo, durante mucho tiempo su presencia no fue visible, ni valorada o reconocida como se merecía. Pero las relaciones entre países y la política del mundo necesitan del talento de todos y todas.

Cuando el mundo no funciona bien, cuando se amenaza la paz, cuando vemos personas sufriendo, es sin dudas porque no hubo suficiente diplomacia y mujeres trabajando para cambiar las cosas.

Nosotras, somos muy importantes a la hora de solucionar conflictos, garantizar acuerdos y acercarnos a las comunidades.

En mi trabajo también escuché que la diplomacia es algo lento, difícil de bajar a tierra. La verdad es que pienso diferente. Aunque a veces tardemos años, los resultados llegan.

Hubo una experiencia que me marcó y me guía, sobre todo cuando aparecen momentos de duda. Tiene que ver con los derechos de las niñas y de los niños, y con cómo Uruguay trabaja defendiéndolos para que sean respetados.

Muchas diplomáticas uruguayas, y también diplomáticos de nuestro país, han trabajado en esta causa y transmitido a las nuevas generaciones la importancia de seguir defendiendo a los más chicos.

Lamentablemente, cuando estallan las guerras, los niños y las niñas son los más afectados.

Recuerdo que estuvimos horas y horas discutiendo un acuerdo. Había países donde era normal el castigo físico en las escuelas, que los niños y las niñas trabajaran o incluso fueran a la guerra, entre otras cosas. Fue difícil, pero logramos llegar a un acuerdo.

Tiempo después recibí un correo electrónico de una organización en el que agradecían a Uruguay porque, gracias a ese acuerdo, habían podido salvar la vida de una persona menor de edad.

Leí varias veces el mensaje, verificando que entendía bien su contenido, y una emoción me atravesó literalmente el cuerpo. Me sentí inmensamente feliz.

Eso fue para mí una lección poderosa. Saber que si algo que hacemos en una parte del mundo puede mejorar la vida de una persona en otro lugar, entonces siempre valdrá la pena seguir apostando por la diplomacia.

Con las voces de todas

Lorena Lamas. Doctora en Relaciones Internacionales y especialista regional de ONU Mujeres América Latina y el Caribe.

Cuando era chica, la historia de Uruguay que aprendía en la escuela estaba llena de batallas, disputas y fronteras por defender. Pero, al mismo tiempo, en casa y en las noticias, empezaba a escuchar hablar de algo nuevo: un acuerdo entre países de la región llamado MERCOSUR, el Mercado Común del Sur.

Eso me llamaba muchísimo la atención. ¿Cómo podía ser que esos mismos países que en los libros aparecían enfrentados ahora decidieran unirse? ¿Por qué querían trabajar juntos por algo más grande que sus propias fronteras?

Para mí, que además era muy curiosa, fue como abrir una puerta distinta para mirar el mundo. Descubrí que los países también podían ser aliados, compartir y crecer juntos. Que no todo se trataba de defender límites, sino también de encontrar objetivos en común que ayudaran al bienestar de las personas.

Con los años, esas preguntas se transformaron en mi camino y me llevaron a dedicarme a la cooperación internacional, un trabajo que busca que los países puedan ayudarse, aprender y encontrar soluciones en conjunto. En ese recorrido entendí que América Latina y el Caribe, una región tan desigual como diversa, tiene muchísimo para enseñar.

Esa idea estuvo muy presente en mi doctorado. Quise trabajar con autoras y autores latinoamericanos para mostrar todo el conocimiento que existe acá y compartir ejemplos concretos de cómo Uruguay también forma parte de esa cooperación que va más allá de las fronteras y que tiene al desarrollo sostenible como horizonte.

Así llegué al mundo del multilateralismo ambiental. Empecé a participar en espacios donde países de todos los continentes se reúnen para dialogar y tomar decisiones sobre temas como el cambio climático, la biodiversidad y los derechos humanos.

La primera vez que entré a una de esas reuniones, todo me impresionó. Eran salones enormes, gente de un montón de países, idiomas mezclándose por todos lados y palabras que muchas veces ni entendía. Pero, sobre todo, sentía que estaba en un lugar donde se discutían cosas que podían cambiar la vida de muchísimas personas.

Y en medio de todo eso, empecé a notar algo. Aunque estos espacios buscan reunir al mundo entero, no siempre están todas las voces. Muchas veces faltan quienes ya viven en carne propia las consecuencias del cambio climático o el deterioro de la tierra. Pensaba, y sigo pensando, especialmente en las mujeres indígenas, rurales y afrodescendientes de nuestra región, que todos los días sostienen la vida y cuidan el agua y la tierra.

Fue ahí cuando entendí que quería ayudar a acercar esos dos mundos, el de las grandes decisiones y el de la vida real.

A partir de entonces, me dediqué a seguir construyendo puentes. Desde la investigación y las clases, buscando que lo que aprendemos sirva para mejorar las cosas de verdad. Desde la cooperación internacional, acompañando a distintos países para que impulsen políticas que cuiden el ambiente y promuevan la igualdad de género. Y también desde espacios como la Organización de Naciones Unidas impulsando el desarrollo y los derechos humanos. Con el tiempo entendí que no alcanza con estar sentada en la mesa donde se toman decisiones. También hay que hacerla más grande.

Por eso, una parte importante de mi trabajo consiste en abrir espacio para que más personas puedan participar. Acompaño diálogos, impulso la participación de organizaciones de mujeres y jóvenes, y trabajo para que quienes durante mucho tiempo casi no fueron escuchadas hoy puedan ser tenidas en cuenta. Un ejemplo de eso fue poder acompañar a Luz, una mujer campesina de Ecuador, para que viajara hasta Etiopía y compartiera sus conocimientos en una cumbre mundial sobre sistemas alimentarios.

No siempre es fácil. A veces los cambios tardan muchísimo, las barreras parecen enormes y todo esto requiere estudio, esfuerzo y dedicación. Pero cada vez que una mujer logra hacerse escuchar, cada vez que su trabajo para cuidar la vida es reconocido, me convenzo todavía más de que vale la pena.

Hoy, además, soy mamá de un bebé de un año y medio. En cada reunión, negociación y decisión, pienso en el mundo en el que él va a crecer y quiero ayudar a construir un futuro donde vivir mejor, cuidar el planeta y cuidarnos no sean cosas separadas.

Por eso, si me estás leyendo y tenés curiosidad por entender cómo funciona el mundo, o hay cosas que te incomodan y querés cambiar, seguí ese impulso. El futuro no está escrito, y muchas veces el cambio empieza con una pregunta.

A mí, ese impulso me llevó desde un salón de clase de una escuela pública del barrio Aires Puros, en Montevideo, hasta algunos de los espacios más importantes donde hoy se toman decisiones que impactan a millones de personas.

Hay muchísimos caminos posibles. Y todos necesitan más niñas y adolescentes que se animen a imaginar, a confiar en lo que pueden hacer y a ser parte de los cambios que todavía están por venir.

El mapa que nos trajo a casa

Dra. Cecilia A. Lima Pérez. Consejera del Servicio Exterior del Uruguay.

Hay días que empiezan como cualquier otro y terminan cambiándolo todo. El 13 de marzo de 2020 fue uno de ellos.

Esa mañana llegué al Ministerio como lo hacía desde que asumí mi cargo en 2019, sin saber que pocas horas después todo iba a dar un giro. Si bien el planeta ya se estaba cerrando en los días previos, hasta entonces la pandemia por coronavirus parecía algo lejano, una noticia que veíamos pasar desde este rincón del sur.

Pero cuando Uruguay decretó la alerta sanitaria, ese cierre dejó de ser una señal y se volvió una realidad. Lo que antes era nuestro trabajo de rutina pasó a convertirse en una de las mayores operaciones consulares de la historia uruguaya.

En ese momento yo era jefa de la Oficina de Asistencia al Compatriota y Servicios a la Comunidad de la Dirección General para Asuntos Consulares y Vinculación, que acompaña a las personas cuando más lo necesitan, especialmente estando lejos de casa.

Ese día, además, había algo que nos definía especialmente: quienes estábamos en la primera línea de atención y ayuda éramos mujeres; administrativas, diplomáticas y una directora general.

Las noticias comenzaron a llegar en cadena. Miles de uruguayos y uruguayas estaban varados en distintos puntos del mundo, desde Perú hasta Australia, pasando por Italia, India, Malasia e incluso islas del Caribe. Personas en realidades diferentes, unidas por la urgencia de volver. Algunos habían salido por unos días de vacaciones. Otros estaban trabajando o estudiando. Había personas mayores, familias, viajeros solos.

Frente a la cantidad de personas que había que atender, tuvimos que agrandar nuestro equipo. Hombres y mujeres, algunos sin experiencia previa en asuntos consulares, pero con muchísimas ganas de ayudar. Los cargos se desdibujaron. Estábamos todos y todas concentrados en un objetivo común.

Nos organizamos en turnos, distribuimos teléfonos de emergencia y asignamos responsabilidades por regiones del planeta. Cada persona pasó a seguir casos en una parte específica del globo. Era la única forma de dar respuesta a una realidad que crecía minuto a minuto.

En un pizarrón blanco dibujamos un mapa, pero no era uno cualquiera. Pronto se convirtió en nuestra guía. Se llenó de nombres, ciudades e historias. Cada punto marcaba a alguien esperando volver.

En ese mapa, que crecía día a día, apareció una llamada y un punto que todavía hoy recuerdo con claridad. Era desde la Isla Guadalupe, territorio francés en el Caribe. Por un instante hubo silencio. No sabíamos con precisión dónde quedaba. Del otro lado de la línea estaba Emma, la hija de Clara. Habían viajado en un crucero por unos días, pero el viaje se había transformado en otra cosa. Clara había presentado síntomas que, en ese momento, todavía no se comprendían del todo. Parecían los de una gripe, pero eran días en los que todo generaba alarma y, por precaución, las bajaron del barco.

Clara quedó internada en una isla que no conocía, lejos de todo, mientras su hija aguardaba también en la incertidumbre. La voz de Emma transmitía miedo, soledad y angustia. Pero también la esperanza de que alguien, desde Uruguay, pudiera ayudarlas. Anotamos su nombre en el mapa. Uno más entre tantos. Y, sin embargo, único.

En ese proceso fue clave el apoyo de la cónsul uruguaya en París. Fueron días que parecían semanas, semanas que se volvían interminables, hasta que finalmente llegó la confirmación y no era COVID, era gripe A, y Clara comenzó a recuperarse. Pero la recuperación no significaba el final. Significaba un nuevo desafío, el de encontrar el camino de regreso.

Tuvimos que aprender rápido, coordinar mejor y apoyarnos entre todos. La cooperación con países vecinos y socios fue importantísima. Cada vez que un avión despegaba, sabíamos que no llevaba solo pasajeros. Llevaba historias, alivio y abrazos pendientes.

Fueron días intensos, de muchas horas y pocas certezas. Pero también, días en los que comprendimos con claridad el sentido profundo de nuestro trabajo. La diplomacia se expresa de múltiples formas. Es acuerdos, diálogo, construcción colectiva y también presencia, respuesta y cuidado. Una diplomacia que no siempre se dimensiona, pero que resulta esencial. Porque incluso en los momentos más inciertos permanece la responsabilidad de estar, de responder y de no dejar a nadie atrás.

Tras un esfuerzo sostenido logramos traer a casa a alrededor de 4000 uruguayos desde más de 65 países. Cada uno de ellos había sido un punto en aquel mapa. Y si algo nos dejó aquella experiencia, es la certeza de que, aun cuando todo parece frenarse, siempre es posible encontrar una salida. Porque incluso cuando el mundo se cerró, la diplomacia tuvo la responsabilidad y la capacidad de abrir caminos, junto a mujeres que, con compromiso y vocación, lo hicimos posible.

Una niña del interior del país que eligió abrirse al mundo

Lic. Silvana Balaguer. Cónsul General de Uruguay en Las Palmas, Islas Canarias.

Cuando era niña pensaba en el mundo como algo lejano, sin imaginar que años después tendríamos la posibilidad de estar conectados con otros rincones del planeta todos los días.

En ese entonces yo vivía en Piriápolis, la ciudad que me vio nacer y crecer. Allí, mirando el mar abrazado por los cerros, empecé a plantar la semilla de lo que hoy es mi vocación y también mi profesión. Desde chica soñaba con conocer otras culturas, comunicarme en otros idiomas, probar comidas nuevas, ver diferentes paisajes y sentir la aventura de explorar.

No todos esos sueños se cumplieron todavía, pero la ilusión y mis ganas de transformar la realidad me empujaron a emprender una carrera diplomática que hoy asumo con mucho orgullo. Para eso tuve que ser muy perseverante y creer en mí, incluso cuando otras personas no lo hicieron.

Hice la escuela y el liceo en Piriápolis y, con gran esfuerzo familiar, me mudé a Montevideo para iniciar la carrera de Relaciones Internacionales en la Universidad de la República y sentirme más cerca de aquello que imaginaba.

Sin embargo, la vida cambia y aparecen situaciones que no están planificadas. En mi caso, tuve que postergar temporalmente mi decisión de ingresar al Servicio Exterior de Uruguay. Cuando finalmente pude hacerlo, tenía una hija de cinco años y estaba casada. En ese momento dudé de si sería capaz de lograrlo, porque es un gran desafío cuando una persona decide ir detrás de sus sueños y al mismo tiempo debe tener en consideración a otras personas.

Hoy agradezco profundamente el apoyo que tuve para lograrlo y estoy convencida de que, cuando nos enfocamos en nuestros objetivos, lo que proyectamos puede concretarse, y muchas veces aquello que parece lejano termina encontrándonos.

Mi camino en la diplomacia siempre estuvo acompañado por inspiración, motivación, pasión y vocación, que funcionan como motor al momento de vivir esta carrera. Y digo vivir la carrera porque la diplomacia te enfrenta a desafíos y a la necesidad de salir de tu zona de confort.

Siempre escuché decir que la diplomacia era un mundo de hombres y, durante mucho tiempo, así fue. Hasta que las mujeres empezamos a ocupar los espacios que por derecho también nos corresponden.

Pero nunca se trató de ser rivales, sino de coliderar, cooperar y compartir una visión común, hombres y mujeres en conjunto. Porque para tomar mejores decisiones, es necesario que existan todas las perspectivas.

Entre varias experiencias que me enorgullecen, asumí el rol de cónsul en un país de Latinoamérica y ahora me toca asumir ese desafío en un Consulado General en Europa. Los retos siempre son enormes, pero también es muy lindo cuando nos damos cuenta de que el compromiso de asistir, asesorar y proteger a los y las uruguayas en el exterior nos permite generar un impacto real en sus vidas y acompañarlos en momentos importantes.

Porque para mí la diplomacia es una vocación de servicio que, además de compromiso, exige sensibilidad. Nos pide ser capaces de escuchar, comprender y acercar personas en contextos muchas veces difíciles.

Cada espacio que una mujer logra ocupar en este mundo no es un logro individual, sino algo que nos beneficia a todas. Es continuar el camino de quienes estuvieron antes, con su esfuerzo y determinación, y al mismo tiempo generar nuevas oportunidades para quienes vienen después.

Representar a Uruguay también es transmitir nuestra forma de ser. Es llevar nuestros valores, nuestra cultura y nuestra forma de entender la cooperación internacional, desde el respeto, el diálogo y la búsqueda de acuerdos.

Hoy, después de tantas experiencias vividas, creo que la diplomacia no es solo un trabajo: es una forma de vivir. Está presente en cada decisión, en cada vínculo y en cada oportunidad de representar a Uruguay frente al mundo.

Es un viaje que combina responsabilidad, vocación y motivación por ayudar a que el mundo esté más conectado, sea más justo y también más humano.

Soñar en la dirección de lo imposible

María Castelló Gómez. Neurociencia y Diplomacia Científica. Prof. Agregada de Investigación Instituto Clemente Estable, Uruguay.

“Siempre se consigue algo en dirección de lo imposible”. Esta frase, que dicen que es de Clemente Estable, maestro, neurocientífico y fundador del instituto donde trabajo, me acompaña desde hace años. Pero no la conocía cuando empecé este camino. La fui encontrando de a poco, justo en esos momentos en los que más la necesitaba.

Soy científica. Neurocientífica, para ser más precisa. Estudio cómo se desarrolla y evoluciona nuestro cerebro, las bases psicológicas y neurobiológicas de programas que promueven el bienestar, la relación entre la ansiedad y la empatía y, también, cómo los y las adolescentes se relacionan con la ciencia y la tecnología, y cómo eso puede despertar las ganas de convertirse en científicas, científicos o de trabajar creando nuevas tecnologías.

Durante muchos años me dediqué a investigar y a dar clases en el Instituto de Investigaciones Biológicas Clemente Estable, en Montevideo. Pero en 2020 algo cambió.

Llegó la pandemia de COVID-19 y el mundo miraba a Uruguay como un ejemplo, gracias al trabajo de la comunidad científica que desarrolló kits de diagnóstico, asesoró sobre cuidados y puso todo su conocimiento al servicio de la salud de los uruguayos y uruguayas. Y, sin embargo, cuando llegó el momento de aprobar el presupuesto nacional, la ciencia no recibiría los recursos que necesitaba para seguir haciendo su trabajo.

Eso me golpeó fuerte. No con rabia, sino con una pregunta que volvía una y otra vez. ¿Estábamos fallando en comunicar lo que hacíamos? ¿Cómo podíamos tender mejores puentes hacia quienes toman decisiones?

Entonces recordé un curso que había hecho en 2015 sobre diplomacia científica: la idea de que quienes hacemos ciencia también podemos, y debemos, participar en los espacios donde se conversa y se negocian las normas y acuerdos para el futuro. Me puse en contacto con las personas que habían organizado y dictado ese curso, y organizamos junto con la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) de Montevideo, y en el marco del Programa de Desarrollo de las Ciencias Básicas (PEDECIBA), el primer curso de Latinoamérica sobre diplomacia científica enfocada en neurociencias. Así nació la neurodiplomacia.

Era un área nueva, así que tuvimos que ir inventando el camino mientras lo caminábamos. Desde entonces, organizamos tres ediciones más del curso, co-creamos la Red Diplomacia Científica, Neurociencia, Tecnología y Sociedad y, también, ayudamos a desarrollar un Programa de Diplomacia Científica para acercar la ciencia a los espacios donde se toman decisiones sobre el futuro del planeta. Este programa fue reconocido por la UNESCO. Recientemente, también impulsamos una propuesta para crear una Cátedra UNESCO en Diplomacia Científica y Neurociencias en el instituto donde trabajo.

Pero si hay un momento que llevo grabado, es uno que en realidad ocurrió en dos etapas. En 2023 me invitaron a participar en una actividad satélite de la Asamblea de las Naciones Unidas en Nueva York. Antes de viajar, fui a visitar a mi madre, que estaba muy viejita y casi no hablaba. Cuando le conté que me habían invitado a la Cumbre de Ciencia de la Organización de Naciones Unidas, algo cambió en su cara. Se iluminó. Sentí que estaba feliz. Como si para ella también fuera un día especial.

Sin embargo, ese año no llegué a la Cumbre. Mi madre enfermó de repente, empeoró rápido y tuve que volver a casa. A veces algunas puertas se abren y se cierran. Otras, si son las correctas, vuelven a abrirse.

Dos años después, en setiembre de 2025, llegó una nueva invitación del European Brain Council. Y esta vez sí llegué. Participé en actividades que vinculaban el estudio y tratamiento del cáncer y otras enfermedades no transmisibles con el uso de inteligencia artificial para detectarlas a tiempo, y hacer que el acceso a la salud sea más justo para todas las personas.

También participé en charlas sobre salud cerebral y sobre cómo las decisiones que toman los gobiernos impactan directamente en nuestra calidad de vida. Cuando llegó el momento de la reflexión final del panel “El futuro de la salud cerebral a nivel de políticas globales”, tomé la palabra y dije: “Invito a reflexionar sobre la salud cerebral como un derecho humano, transversal a todos los demás derechos, que se basa en la equidad multidimensional y la dignidad humana”.

Y mientras lo decía, pensé en ella. Ese momento no fue solo mío. Fue de mi madre, que se iluminó cuando le conté. Fue de mis colegas, estudiantes, amigas y amigos que construyeron este camino conmigo. Fue de Uruguay, que me formó como científica. Y fue también de mi abuela Esmeralda, de quien llevo el nombre y que me dejó una medalla con una frase grabada que me acompaña desde siempre: “Adelante, siempre adelante”.

Durante mucho tiempo no comprendí del todo qué había querido decirme con eso. Lo entendí después, cuando me encontré caminando por pasillos que no sabía que existían, abriendo puertas que nadie me había mostrado e inventando caminos donde todavía no los había. Y fue también, de alguna manera, de las niñas y adolescentes del presente y del futuro que todavía no saben que un día pueden estar en una sala así. Porque si algo aprendí, es que no hace falta tener todo el camino resuelto. Hace falta animarse a dar el primer paso, aunque todavía no se vea el horizonte. Y después otro. Y otro más.

Porque la ciencia y la diplomacia no son mundos separados. Son, en el fondo, dos formas distintas de hacerse la misma pregunta: ¿Cómo construimos un mundo mejor?

A quienes me lean, les diría algo que me hubiera gustado escuchar al comienzo de mi historia: sueñen alto. Sueñen incluso con aquello que parece imposible. Y recuerden que, como decía Clemente Estable, siempre se consigue algo en dirección de lo imposible.

Sobre los hombros de mujeres gigantes

Carolina Lucía Cuesta Crosa. Activista climática.

A los 23 años estaba sentada en una de las salas donde se discuten decisiones que pueden cambiar el futuro del planeta. Creo haber sido una de las negociadoras más jóvenes de toda la Conferencia de las Partes 30, un espacio que para mí siempre había estado lleno de gente con trajes caros, personas con canas o peladas y muchos años de experiencia para levantar una placa en nombre de su país y ser escuchadas.

Y ahí estaba yo. Como dice ese trend de TikTok: "No sé qué estoy haciendo, pero luzco genial haciéndolo". Bueno, no sé si lucía genial. Nunca fui muy de la moda ni de la estética. De hecho, decidir qué ponerme ya había sido todo un desafío.

Pero empecemos por el principio. ¿Cómo llegué hasta ahí?

Cuando tenía 15 años me encontré con un posteo en redes sociales que invitaba a participar de una asamblea de coordinación del 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer Trabajadora y Disidencias. No tenía con quién ir, así que le pregunté a mi madre si me acompañaba.

Desde ese momento empecé a vincularme con organizaciones populares de mujeres. Comencé a leer sobre feminismos y ecofeminismos, desde autoras como Simone de Beauvoir hasta muchas mujeres latinoamericanas maravillosas. En el liceo me volví la que no se callaba, la que hacía preguntas, la que cuestionaba las cosas.

Fue en quinto que una profesora de Biología despertó mi interés por lo ambiental. Adriana hablaba con pasión de las maravillas de la costa, de la formación de la vida en la Tierra y de nuestros suelos. Ese año decidí cambiarme de bachillerato.

También me acuerdo de lo que veía en redes: mensajes sobre el cambio climático, los incendios en la selva amazónica, la pandemia. Todo eran alarmas y catástrofes, y yo pensaba: ¿para qué hacer algo si sentía que nada alcanzaba?

Con el tiempo y muchos mates con amigas, esa preocupación se transformó en llama.

Así fue como encontré Fridays For Future Uruguay, una organización con la que armábamos campañas, marchas y acciones en Uruguay y en la región. Desde ese espacio llegué junto con Felicia a nuestra primera Conferencia de las Partes, la 26, en Escocia. Teníamos 18 años y fuimos como coordinadoras de la cumbre de las juventudes.

Durante todos esos años hubo un montón de mujeres que creyeron en mí. Desde ese sostén, volvía a la organización para compartir y devolver lo aprendido. Gracias a eso pude formarme y conocer a personas hermosas de partes del mundo que nunca imaginé visitar.

En paralelo, comencé la Licenciatura en Gestión Ambiental, aunque al año y medio decidí cambiarme a Ingeniería Ambiental. Fue una etapa intensa. Nos enfrentamos a situaciones para las que muchas veces no teníamos herramientas.

Hubo personas que nos usaron por ser jóvenes, y otras que creyeron genuinamente en nuestro mensaje.

Uno de los momentos más importantes fue la creación de la Red de Jóvenes para la Justicia Climática. Queríamos construir un espacio más representativo, apoyado en los compromisos asumidos por Uruguay frente al cambio climático. Ese mismo año logramos que el país se comprometiera a desarrollar una Estrategia Nacional de Adolescencia, Juventud y Cambio Climático. Y más allá de eso, lo más lindo fue construir una puerta de entrada para quienes querían involucrarse y todavía estaban buscando cómo hacerlo.

Al año siguiente coordinamos la primera Conferencia Local de Jóvenes sobre Cambio Climático. De ahí surgió nuestra declaratoria para la Conferencia de las Partes 30, con la que empezó esta historia.

Y al contarla me doy cuenta de que lo que hizo posible que yo estuviera ahí como negociadora fue algo sencillo y, al mismo tiempo, enorme: que hubiera más mujeres en los espacios de multilateralismo, esos lugares donde distintos países se sientan a dialogar, negociar y tomar decisiones sobre problemas que ningún país puede resolver solo. Porque las mujeres que logran abrirse camino muchas veces también tienden la mano para que otras puedan caminar a la par.

Durante la Conferencia 30 estuve rodeada de compañeras con años de experiencia que me guiaron, respondieron mis dudas y me hicieron sentir que ese también era mi lugar. También, un montón de personas en Uruguay, apoyándome a la distancia. Sus nombres y enseñanzas las llevo siempre conmigo. Gracias a ellas me animé a ocupar el espacio, tomar notas, intervenir cuando era necesario y confiar en que tenía algo valioso para aportar.

Con lo que sabía, defendí lo que entendía justo. Y estábamos juntas: había otras negociadoras haciendo lo mismo, impulsando que las voces y derechos de las nuevas generaciones fueran escuchadas. En medio de un espacio que a veces podía sentirse frío, construimos una pequeña red de cuidados y contención.

Soy mujer, estudiante de Ingeniería, comprometida con la política e integrante de la comunidad LGBTQ+, y sé que las oportunidades que tuve fueron posibles gracias a quienes lucharon antes. Cuando hablo con mi abuela de todo esto, alucina. En muy poco tiempo se conquistaron avances enormes y todavía existen muchísimos desafíos por delante.

Estamos paradas sobre hombros de mujeres gigantes. Y, sobre todo, contamos cada vez con más mujeres en estos espacios para acompañarnos, cuidarnos y alzar la voz para que avancen los derechos en Uruguay y en el mundo. Porque cuando una entra a un espacio, entramos juntas. Entramos caminando sobre los hombros de compañeras y compañeres, y seremos espalda para aquellas que seguirán.

Agradezco el camino allanado, y me comprometo a dejarlo aún mejor de lo encontrado. Seguimos tejiendo, avanzando y ¡seguimos caminando!

Seguir escribiendo otras historias

María Ahmad. Profesional de Desarrollo Internacional.

Hasta los 17 años viví en Arabia Saudita y en los países del Golfo, donde el mundo disponible para las niñas era muy pequeño. Pequeño en geografía, pequeño en permisos y pequeño en lo que te decían que podías llegar a ser.

Era una chica, pakistaní y musulmana, en un país que había decidido de antemano lo que esas tres cosas significaban y lo que permitían. Recuerdo que le hice muchas preguntas a mi Baba y decidí, con mucha ferocidad, esa que surge de vivir una injusticia, que iba a irme y construir algo más grande.

A los diecisiete años viajé sola a los Estados Unidos. Gané múltiples becas para pagar mis estudios porque no había otra forma de costearlos. Fui admitida en Berkeley, una de las mejores universidades del mundo, y no pude ir porque no podía pagarlo. Ese es un hecho que he llevado en el pecho durante veinticinco años, no como una derrota, sino como un combustible para impulsarme. Estudié donde pude, terminé mis títulos y me convertí en periodista.

En poco tiempo fui la reportera más joven cubriendo actos de terrorismo en Pakistán. Estuve en operaciones de guerra, presencié elecciones y también momentos muy difíciles. Por mi trabajo recibí un premio. Un trabajo que hacía en un país donde ser una mujer joven cubriendo conflictos y guerras significaba una provocación. Nadie me hizo espacio. Yo entré y me negué a salir. Entonces la vida hizo lo que muchas veces les hace a muchas mujeres. Pasé por un matrimonio que no había elegido y que no quería. Pude salir e irme.

A partir de ahí fui parte de diferentes organizaciones, trabajando para ayudar a otras mujeres en situaciones complejas, como durante las inundaciones de 2010, que dejaron a más de 20 millones de personas afectadas. En ese momento trabajé incansablemente para que las mujeres viudas pudieran armar sus negocios y conectarse con sus comunidades. En esa misión escribí un manual global.

Después me casé, tuve un bebé y seguí la carrera diplomática de mi marido a Mozambique. Allí no podía trabajar por ser la “esposa diplomática”, así que hice lo que siempre hago cuando una puerta está cerrada. Encontré una ventana. Aprendí portugués. Tuve otro bebé. Y mientras criaba a dos hijos pequeños en un país donde no tenía trabajo, hice investigaciones relacionadas con el periodismo.

Todo lo que sé sobre resiliencia, sobre empezar de nuevo, sobre construir algo de la nada en un lugar desconocido, lo aprendí en esos años en Mozambique y en lo que vino después.

Y lo que vino después fue Uruguay. Otro idioma, otro país, otro lugar de trabajo donde nadie conocía mi nombre ni lo que había construido. Llegué y volví a empezar.

Hice investigación en un idioma que todavía estaba aprendiendo. Comencé un doctorado en política migratoria. Llegó el COVID y el doctorado se fue con él, entre otras cosas.

Encontré mi camino de regreso siendo líder de proyectos para ayudar a personas refugiadas, buscando la integración laboral, luchando contra las injusticias. Me relacioné con gobiernos, corporaciones y organismos internacionales, y construí alianzas que cambiaron condiciones reales para personas reales.

He sido analista de asuntos globales en la radio y televisión uruguaya, y doy seminarios sobre el islam, Medio Oriente y la política de mis regiones, porque estoy ferozmente orgullosa de cada lugar del que vengo y de cada cultura que llevo conmigo.

He pasado mi carrera negándome a dejar que nadie las aplane contando una sola historia. Mi lucha ha sido más difícil que la de la mayoría de los hombres. No porque sea menos capaz, sino porque empecé con menos permisos, perdí años por circunstancias que viví siendo mujer y tuve que reconstruir mi carrera más veces de las que debería haber tenido que hacerlo. Cada vez fue en un idioma nuevo, en un país nuevo, con menos tiempo y menos recursos que la vez anterior. Y sigo construyendo. No he terminado. No voy a terminar.

Hoy soy madre soltera de dos hijos, viuda reciente, inmigrante sin familia en este país, con trabajo esporádico, defendiendo a otras mujeres migrantes mientras yo misma no tengo seguridad para mí. Lo digo sin vergüenza y sin buscar lástima. Lo digo porque es exactamente lo que soy. Y porque la distancia entre lo que una mujer construye para el mundo y lo que el mundo le devuelve a ella sigue siendo, todavía, en 2026, inaceptablemente grande.

Si esta historia llega a una sola chica que está mirando su propia situación y pensando que es demasiado complicada, demasiado difícil, demasiado lejos de donde quiere estar, quiero que sepa que la mujer que escribe esto también está ahí. Y sigue escribiendo.
Quiero decirte algo directamente a ti. Te vas a encontrar con versiones del mundo pequeño en el que crecí, cuando intenten decirte qué está y qué no está disponible para vos. Te van a redirigir, interrumpir, subestimar. Te van a decir que esperes, que sigas otro camino, que esa carrera o esa ambición no es para alguien como vos.

Lo que sé, desde los diecisiete años viajando sola a un país en el que nunca había estado; desde cada sala a la que no se esperaba que entrara y a la que entré de todas formas, desde Mozambique, desde Uruguay y desde todo lo que hubo en el medio, es que empezar de nuevo no es lo mismo que rendirse. Es, de hecho, lo contrario. Comenzar otra vez, sin perder el hilo de quién sos y qué estás construyendo, es la forma más duradera de coraje que conozco.

He dejado puertas abiertas detrás de mí durante toda mi vida. No como caridad. Sino porque recuerdo exactamente lo que se sentía empujarlas sola, y me niego a que esa sea la única manera.

Nombrarnos para existir

Lisa María Montaño Ortíz. Consultora en afrodescendencia, comunicación y derechos humanos.

Hay historias que empiezan con una herencia. También hay otras que durante mucho tiempo no fueron nombradas. Y lo que no se nombra, no existe.

Esta es la mía. Y, desde mi mirada como mujer afro y migrante, esa ausencia de nombre fue algo que viví durante mucho tiempo.

Nací en Cali, Colombia, una de las ciudades con más población afrodescendiente de América Latina. Soy además migrante, comunicadora, periodista, esposa de un hombre afrouruguayo y mamá de dos niñas afrouruguayas.

Pero, antes que todo eso, soy parte de una historia marcada por uno de los mayores crímenes contra la humanidad. La trata y la esclavitud de personas que cruzaron el Atlántico desde África hacia otros continentes.

Una historia que no terminó. Se transformó en desigualdad, invisibilidad y silencio. Y fue justamente contra ese silencio que decidí tomar acción. Porque hace tiempo entendí que la afrodescendencia no era solo una identidad. Es también una forma de habitar el mundo.

De ahí nació mi motivación para generar cambios. Y fue a partir de convertirme en mamá que ese compromiso se volvió todavía más importante y urgente.

Ya no se trataba solo de mí. Se trata también de mis hijas y de todas las niñas afrodescendientes que van a aprender y estudiar, y que muchas veces no son reflejadas, no son nombradas y, en muchísimos casos, enfrentan racismo, discriminación o exclusión.

Mi experiencia con Naciones Unidas empezó con una consultoría y terminó convirtiéndose en un trabajo enfocado en lograr que los temas importantes para las personas afrodescendientes no fueran algo secundario, sino una prioridad que atraviesa todos los espacios. Porque es fundamental que esto sea tomado en cuenta para construir nuevos marcos de cooperación para Uruguay y para el mundo. La afrodescendencia sigue sin tener las y los representantes que su historia y sus condiciones actuales necesitan.

En ese contexto, asumí un rol para fortalecer la inclusión de la población afrodescendiente. Fue un camino en el que muchas veces tuve que incomodar e insistir. Porque no podemos hablar de desarrollo ni de derechos humanos si no hay justicia racial.

Uno de los momentos más significativos de mi recorrido fue mi participación en una consultoría vinculada al Banco Mundial, donde contribuí en la campaña “Somos Afro”, impulsada junto al Ministerio de Desarrollo Social en el marco del Censo 2023. Esta iniciativa buscaba que las personas afrodescendientes se reconozcan, entendiendo que durante mucho tiempo existió invisibilización en Uruguay.

Ese proceso permitió que la cifra de personas que se identifican como afrodescendientes pasara de un 8% a más de un 10%. Pero ese dato es mucho más que un número. Porque, en contextos donde ser una persona negra implica enfrentar estigmatización, reconocerse afrodescendiente es un acto político. Muchas personas no cuentan con herramientas para hacerlo. Otras no lo hacen porque saben que las consecuencias pueden ser negativas.

A ser invisible también se aprende. Y por eso también se puede desaprender y transformar. Recuerdo especialmente una experiencia en el Municipio F de Montevideo. Allí llevamos adelante doce talleres en doce escuelas, trabajando con estudiantes de quinto y sexto de primaria.

Por primera vez, muchos niños y niñas pudieron identificar y nombrar situaciones de discriminación que habían vivido. Pudieron reconocerse. Pudieron expresar lo que sentían. Decir lo que les pasaba fue transformador. Pero también dejó claro que es necesario seguir trabajando y exigir políticas públicas que generen los cambios necesarios.

Ser mamá también se volvió parte de mi misión. Formar a mis hijas para que puedan identificar estas situaciones de violencia o discriminación. Para que no las naturalicen. Para que sepan que no están solas.

Abrir camino, para mí, no ha sido solo avanzar. Ha sido nombrar. Insistir. Crear posibilidades. Para que mis hijas, y tantas otras, no tengan que empezar desde la invisibilidad. Porque cuando una mujer afrodescendiente se nombra, no solo cuenta su historia. Cambia la historia.

Las fronteras que nos unen

Lic. Claudia Widmaier. Investigadora en diplomacia científica en América Latina y el Caribe y Cooperación Sur - Sur.

¿Relaciones internacionales? ¿Qué es eso? ¿De qué vas a trabajar?

Esas fueron algunas de las preguntas que me hicieron cuando dije que quería dedicarme a las relaciones internacionales.

Lo supe desde muy joven. Pero hace quince años esta carrera no era lo que es hoy, y ese fue mi primer desafío. Además, soy de Salto, donde los asuntos de comercio internacional o diplomacia parecían estar mucho más lejos que en la capital de nuestro país.

Sin embargo, convencida de que ese era mi camino, me mudé a Montevideo en 2008 y comencé a estudiar en la Facultad de Derecho de la Universidad de la República. Cuatro años después me recibí y empecé a buscar trabajo.

Concursé para la Dirección Nacional de Aduanas en 2013, e ingresé como especialista en comercio internacional. Para mí, con mi corta edad y experiencia profesional, era un sueño.

Trabajar en la Aduana fue complejo en sus comienzos. En aquel entonces, éramos pocas las mujeres en el área y abrirse camino requería constancia y determinación. Esas circunstancias se convirtieron en mi motor, en impulso para seguir formándome desde lo profesional y demostrar que, con trabajo y dedicación, la excelencia no tiene género. El esfuerzo valió la pena y me incentivó para hacer un Máster en Derecho de Comercio Internacional en una universidad de España.

Con el tiempo comprendí que la Aduana también es un espacio de diplomacia, donde diferentes personas y países negocian, toman decisiones y tienden puentes entre culturas e intereses. Es una diplomacia cotidiana, muchas veces invisible, pero fundamental para el funcionamiento del mundo globalizado.

Luego tomé una decisión que volvería a marcar mi recorrido. Volver a Salto. Elegir el interior del país, lejos de los centros donde muchos dicen que están las oportunidades. Desde ahí construí un nuevo camino que hoy reconozco como propio.

Un día llegó la oportunidad de participar en un programa en India. Era el año 2020, poco tiempo antes de que comenzara la pandemia por coronavirus. Aquella experiencia no solo amplió mis conocimientos, sino que transformó profundamente mi manera de entender mi rol profesional.

India me mostró una nueva mirada de la diplomacia. Una donde la ciencia, la tecnología y la cooperación internacional se mezclan para atender problemas globales.

Ahí comprendí que la diplomacia científica no es un campo exclusivo de científicos o diplomáticos de carrera, sino un espacio abierto a profesionales de distintas disciplinas, capaces de conectar saberes y generar impacto. Ese aprendizaje marcó un antes y un después.

A mi regreso sentí la necesidad de transformar esa experiencia en acción concreta. Así nació mi compromiso de impulsar la diplomacia científica en Uruguay, contribuyendo a la creación del Comité de Diplomacia Científica en la Organization for Women in Science for the Developing World Uruguay. Ser parte de ese proceso, y hacerlo desde un espacio que promueve el liderazgo de las mujeres en la ciencia, fue muy especial para mí.

Además, tuve el honor de convertirme en miembro fundadora de la Red de Diplomacia Científica en América Latina y el Caribe.

Desde la Aduana hasta los espacios de diplomacia científica, mi camino ha estado guiado por una misma convicción. Que las fronteras, ya sean físicas, profesionales o simbólicas, también pueden ser puntos de encuentro.

Hoy, ser mujer en este trabajo no significa solo abrirse camino en estructuras tradicionales, sino también ayudar a transformarlas. La diplomacia, en todas sus formas, necesita miradas diversas, sensibles y comprometidas. Y en ese proceso las mujeres tenemos una voz imprescindible.

Mientras mi carrera crecía, también me convertí en mamá de dos niñas. Eso cambió mis prioridades, mis tiempos y mi forma de mirar el mundo. Me enseñó a ser más empática, a estar presente y a enseñarles, con el ejemplo, que pueden ocupar cualquier lugar que se propongan. Y todo esto, cada paso, cada logro y cada aprendizaje, lo construí desde Salto. Sigo trabajando y viviendo aquí. Porque hoy, más que nunca, las fronteras geográficas dejaron de ser límites.

A las nuevas generaciones de mujeres que sueñan con la diplomacia, y especialmente a quienes viven y eligen quedarse en el interior, quiero decirles algo. Sus caminos no dependen de un mapa. No siempre es necesario irse para llegar lejos. Se puede construir desde el lugar propio hacia el mundo.

Ser mujer en este camino no solo implicó abrir puertas, sino también sostenerlas abiertas para otras. Y ser madre me dio una razón aún más profunda para hacerlo.
Porque estoy convencida de que el mundo que construimos hoy también es el que heredarán nuestros hijos.

En ese cruce entre fronteras visibles e invisibles, entre lo personal y lo profesional, encontré mi lugar. Y desde allí, desde el interior, desde la maternidad y desde mi vocación, sigo construyendo diplomacia científica y comercio internacional.

Cuando tenía siete años

Cristina Mansilla. Consejera del Servicio Exterior. Directora de Derechos Humanos y Derecho Humanitario, MRREE.

Cuando tenía 7 años vivía en una ciudad llamada Ginebra, en Suiza. En esa ciudad funcionan las Naciones Unidas, eso significa que muchas agencias con diversos propósitos tienen sus sedes ahí. Diplomáticos y diplomáticas circulan por sus calles. Seguro que, para mis 7 años, eran más diplomáticos que diplomáticas. Aunque las mujeres siempre hemos estado en la diplomacia, seguimos dando batalla para que nos vean, nos escuchen y nos respeten, para ocupar cargos de responsabilidad y espacios donde se toman decisiones.

Ginebra era, y es, una ciudad con nieve, donde se habla francés, pero se escuchan muchos idiomas en sus calles. Es una ciudad que tiene un monumento que la nombra ciudad refugio. Y si eso es así, es porque, a lo largo de su historia, cientos de personas pudieron refugiarse en ella. Es decir, dejar sus países, donde no estaban seguros o se encontraban en peligro, y encontrar protección en otra tierra para empezar de nuevo.

De todos los que se refugiaron en Ginebra, uno de mis preferidos es Rousseau, un filósofo francés, quien en el Siglo XVIII debió dejar su país como todos los que buscan refugio, rápidamente y con casi nada. También me gusta mucho la ciudad porque allí trabajó Paulina Luisi, la primera mujer uruguaya que tuvo un rol en el multilateralismo, como representante oficial de Uruguay ante varios comités de la Sociedad de Naciones, antecedente de las Naciones Unidas.

Pero a mis 7 años no sabía ni de Rousseau ni de Paulina. Sí sabía, sin embargo, que Uruguay era mi país, aunque hubiera nacido en España y nunca hubiera vivido en él. ¿Por qué no vivía ahí? Porque mis padres debieron dejar su patria en 1976 y exiliarse. Exilio significa saltar afuera, cruzar las fronteras de tu país para llegar a otro que te proteja. El país que nos protegió fue Suiza. Hasta 1986.

Con pasajes que pagó el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados pudimos volver a Uruguay, donde había retornado la democracia. Mi madre volvía a pisar su tierra después de 11 años. Yo la pisaba por primera vez.

Crecí en un medio que luchaba para que la democracia estuviera de vuelta y se quedara, para que se liberara a las personas presas políticas y aparecieran con vida quienes estaban desaparecidos. Era una niña que jugaba y corría entre personas que hablaban de derechos humanos, que trabajaban en lugares como la Comisión Internacional de Juristas o que se organizaban para presentarse en espacios de Naciones Unidas dedicados a los derechos humanos.

Cuando llegué a Uruguay fui a vivir a Salto. En aquella época no se hablaba tanto de derechos humanos, pero sí había algunos espacios, libros y testimonios. A los 8 años decidí que quería ser diplomática y abogada. Lo de diplomática salió bien. Lo de abogada, me queda una materia para recibirme hace como 10 años. Creo que hay que seguir teniendo metas en esta vida, así que ya llegará.

Esa niña de la que les cuento creció y entró, en 2007, al Servicio Exterior. Participé en un concurso, ingresé a la carrera diplomática y así inicié un camino que lleva casi veinte años. Uno desafiante y exigente. Una forma de vida más que un trabajo.

Un día llegué a Buenos Aires, en Argentina, como cónsul de distrito, y ahí me tocó ayudar permanentemente a los uruguayos y uruguayas que viven en esa parte del mundo. Luego me tocó México, donde fui agregada cultural, un trabajo hermoso porque la cultura uruguaya siempre destaca y existen mil manifestaciones artísticas para promover. Pero el área que más me interesa, y en la que estoy siempre trabajando, es la de los derechos humanos.

En esta carrera cumplí muchas funciones representando a Uruguay y me convertí en lo que creo firmemente que soy: una funcionaria diplomática multilateralista.

Entre tantas cosas, participé en conversaciones que tienen que ver con la inteligencia artificial. Así tuve la oportunidad de entrar en uno de los mundos más fascinantes y relevantes de este tiempo. Una tecnología revolucionaria que puede hacer cosas maravillosas y que, al mismo tiempo, si no cumple determinados principios puede afectar los derechos de las personas. No eran tantas las negociadoras mujeres en un tema como este, considerado un tema “duro”, de esos que suelen llevar adelante los hombres. Como saben, esta es una afirmación sin sentido, porque no hay tema que nosotras no podamos negociar.

Mi recorrido profesional me llevó a ser designada subdirectora de Derechos Humanos y Derecho Humanitario, y luego directora. Y en ese rol cumplo una de las tareas más relevantes de mi vida. Integro la Comisión de Refugiados del Uruguay, que estudia con mucho detalle cada solicitud de personas que le piden al país refugio porque algo sucede en su lugar de origen que pone en peligro sus vidas.

Hoy tengo 47 años. Trabajo por el país, para el país y por su gente, vivan en Salto o en Malvín, en Florida o en Río Branco, en el centro o en el Cerro. Volví a Ginebra, en 2025, como directora de Derechos Humanos y Derecho Humanitario, justamente para un evento sobre refugiados.

La vida suele ser generosa, pero, por sobre todo, hay que confiar en lo que soñamos y dar batalla para concretarlo. A veces no es fácil. Nunca es solo un tema de voluntad. Pero jamás hay que creerles a quienes dicen que nosotras no podemos.

ONU MUJERES

Ministerio
de Relaciones Exteriores

ONU
MUJERES
Ministerio
de Relaciones
Exteriores